

LAS BIBLIOTECAS Y LA CULTURA

**Por Fred Becchetti,
Agregado Cultural, Embajada de los Estados Unidos
en Santo Domingo, R.D.**

**N.R. Charla pronunciada por el autor en la Biblioteca Nacional el
31 de mayo de 1983, a solicitud de ASODOBI.**

La sociedad tiene sus métodos para hacer que los miembros de algunas profesiones se sientan inferiores. En esto la sociedad ha logrado un gran éxito con su trato a los profesores, las enfermeras y los bibliotecarios.

En el caso de los bibliotecarios, la sociedad, a pesar de la gran retórica de los políticos, tiene la tendencia a ignorar las bibliotecas, limitándoles cruelmente su apoyo material. A la vez, paga mal a los bibliotecarios. El resultado muchas veces es que en una sociedad en que el dinero se ha convertido en medida de la importancia, los malos sueldos tienden a hacer que el bibliotecario se sienta inferior. Y, tal vez, entre los miembros de ASODOBI haya algunos que, por estas razones y varias otras, sufren un complejo de inferioridad en cuanto a su profesión y su importancia en el mundo.

A esos bibliotecarios les digo: ¡Ustedes son de gran importancia y no deberían sentirse inferiores a nadie y a ninguna otra profesión! En realidad, es posible que ustedes sean aun más importantes de lo que ustedes mismos creen:

Me encuentro yo aquí para proclamar con ASODOBI esa importancia. La verdad es o debería ser que ASODOBI existe precisamente para proclamar la importancia de las bibliotecas en una comunidad y de los profesionales encargados de esas bibliotecas.

Es la naturaleza del bibliotecario que le gusta laborar a solas, dando

servicio a la comunidad y a los patrocinadores de su biblioteca, sin llamar la atención de nadie. ASODOBI, en mi opinión, existe para mejorar el servicio de las bibliotecas en la comunidad pero, a la vez, para llamar la atención de la sociedad a ese bibliotecario solitario, a ese bibliotecario dedicado al papel que hace la biblioteca actualmente en la vida de este pueblo, dando una visión del papel que podría hacer.

Por eso, me es grato estar con ustedes esta noche para tratar de la biblioteca y la cultura, como se ha anunciado.

La importancia de la biblioteca descansa en la definición de la palabra "cultura". Para mucha gente, la "cultura" tiene una definición estrecha que abarca sólo las artes la danza, la música, la escultura -, incluyendo alguna esencia que se podría definir como "fino".

Yo prefiero usar la palabra "cultura" en su sentido más amplio, en su sentido antropológico. Para mí y para los fines de mi intervención, "la cultura" abarca toda la actividad del hombre: lo fino y lo rudo, lo bello y lo feo, la gloria y la tragedia, la alegría y la tristeza; en fin, todo lo que se puede asociar con el hombre.

¡Inferiores los bibliotecarios!

¡Dios mío! ¡Ustedes son los guardianes de la cultura del hombre! Ustedes guardan en los estantes de sus bibliotecas todo lo que sabe el hombre.

En su enfoque del trabajo de cada día, en la operación de una biblioteca, es posible que ustedes crean que están tratando con libros, folletos, enciclopedias, periódicos, revistas, microfiche, catalogación, el Sistema Dewey, y silencio entre los lectores. Todo esto es parte de la vida de una biblioteca, pero constituye sólo la maquinaria de la biblioteca.

La verdad es que ustedes están tratando con toda la inteligencia y la creatividad del hombre desde el principio de su existencia en la Tierra.

¿Habría en este mundo alguna profesión más importante que la suya? Lo dudo mucho.

Ustedes habrán notado que hay una tendencia en estos días a eliminar del vocabulario la palabra "biblioteca". En su lugar se va apareciendo "el centro de información" o "el banco informativo" o "la informática" o algo similar. Como ustedes saben, esto es una reflexión de la ascendencia de la "industria de información". Y en este fenómeno tenemos otra cosa que ha logrado hacer que algunos bibliotecarios se sientan inferiores en sus bibliotecas tradicionales.

Por medio de la tecnología de hoy se puede guardar millones de unidades de información en los microchips de las computadoras, sacar esa información en un relámpago sólo con tocar un botón y transmitir los datos vía satélite alrededor del mundo y a millones de kilómetros de distancia extraterrestre a la velocidad de la luz.

Este proceso de recolectar la información, de guardar los millones de unidades electrónicamente en las entrañas de una computadora, y de transmitir las, se ha hecho tan de maravilla, que tenemos la tendencia a considerarlo como el proceso más importante de nuestra existencia y la salvación del mundo.

En esta tendencia somos víctimas de esa costumbre del Hombre moderno de considerar como "bueno" todo "lo nuevo".

Sin embargo, esto no es para menospreciar la tecnología de información y el valor de la computadora. Sólo quisiera poner el fenómeno en perspectiva en lo relativo a la biblioteca y el saber del hombre.

Hay que dirigirse a una computadora con mucho cuidado. Estos monstruos electrónicos son tan maravillosos que a veces quedamos ciegos y, aún más serio, incapaces de pensar con claridad. Con un poco de descuido de nuestra parte, una computadora puede dominarnos. De repente nos podemos encontrar ante un dios electrónico haciendo nuestros sacrificios como los más primitivos salvajes paganos ante la furia de un volcán.

Las computadoras son de gran valor, no hay duda. Sin embargo, siguen siendo (hasta hoy, por lo menos) el producto del cerebro del hombre, y jamás deberíamos olvidar esto; aunque se dice que los japoneses están armando una computadora monumental que podría empezar a pensar por sí misma.

Pero, hasta ahora, nosotros somos los que programamos las computadoras. No obstante, hay que recordar que "si usted pone tonterías en una computadora, sólo saldrán tonterías". Lo serio es que algunas veces tenemos tanta fe en las computadoras, que se nos olvida esta verdad. Sabemos que son tonterías, pero creemos que esas tonterías, por haber pasado por una computadora, salen ennoblecidas y ya no tenemos el valor de criticarlas.

la información es una cosa. El saber del Hombre es otra.

Los periódicos, los canales de televisión, las emisoras de radio, todos vinculados a una gran red electrónica de computadoras, satélites y parábolas forman las instituciones de información.

Estas instituciones de información recolectan, guardan y transmiten los hechos y las cifras de hoy, para reemplazarlos con nuevos hechos y cifras mañana, en informes y boletines que casi nos marean. Y en este proceso vemos la gran diferencia entre la información y el saber del Hombre. Como consecuencia podemos ver la gran diferencia entre una institución de información y una biblioteca, que es una institución del saber del hombre.

La biblioteca trata del patrimonio del hombre. Y como institución del saber del hombre, no tiene fines de lucro, como es el caso de las instituciones

de información. La biblioteca existe para el beneficio de nadie y para el beneficio de todos.

Mientras las instituciones de información ganan grandes dividendos en el mercado con sus datos transmitidos casi instantáneamente por todo el mundo, las instituciones del saber como las escuelas, las universidades y las bibliotecas van por el mundo pidiendo limosna y reciben de la sociedad todo lo necesario para mantener las puertas abiertas al público.

Este predominio de las instituciones de información ha tenido su efecto en las escuelas, por ejemplo. El estudio de la historia en las escuelas ha sufrido ante el diluvio de información a cada hora, todos los días. El resultado, desgraciadamente, es que en algunos casos el estudio de los eventos de la actualidad tiene prioridad sobre el estudio del Renacimiento, para dar un ejemplo.

El resultado es que nos encontramos reinventando la rueda en cada situación que confrontamos. Por ejemplo, en la política, ponemos nuestra fe en amos u otro caudillo montado en su caballo blanco, comprometiendo la vida y la fortuna, sin darnos cuenta de la semejanza con los Julio César, los Napoleón, los Benito Mussolini, los Josef Stalin, los Adolfo Hitler y los numerosos otros "benefactores" de la humanidad que han aparecido en la historia del hombre.

Dependemos tanto de las instituciones de información y vamos ignorando tanto las lecciones de la historia, que cuando nos preguntan "¿Qué es la verdad?" contestamos "No sé. Lo siento, pero aún no he visto las noticias de las diez en televisión".

No vamos a encontrar ninguna verdad en el caos de los boletines, las noti-noticias y los hechos y cifras con que nos bombardean los medios de comunicación, esas instituciones de información; aunque, con el tiempo todo lo que transmiten pasará a formar alguna verdad.

La verdad, o algo aproximado a la verdad, descansa en las manos de los bibliotecarios.

Pero no quiero decir que una biblioteca no es repositorio de información, porque siempre será fuente de información. No obstante, tenemos que distinguir entre información y el saber. Más que nada, la biblioteca es el tesoro del saber. Y ustedes tratan ese saber en toda su extensión, trabajando con la cultura en tres dimensiones: el presente, el pasado y el futuro.

Los medios de comunicación y las otras instituciones de información transmiten sus datos a la velocidad de la electrónica, la velocidad de la luz. Ustedes, sin todo ese equipo complicado y con el sencillo instrumento de la hoja impresa de un libro, hacen posible que los lectores en su biblioteca alcancen velocidades aún más altas. Ustedes y sus lectores alcanzan la velocidad de la imaginación.

Lo que ocurre en la sala de lectura de una biblioteca es para maravillar. En un pestañear, sus lectores se transportan geográficamente por todo el mundo y cronológicamente por todas las épocas históricas y geológicas. Sobrepasan todas las barreras físicas por medio de la imaginación estimulada por las palabras que encuentran en la página de un libro.

Pero la gran maravilla es que ustedes, los bibliotecarios, hacen posible que podamos compartir los sentimientos y las ideas de otra persona, ideas de gran impacto en nuestras vidas, las ideas y sentimientos de los poetas, los novelistas, los filósofos.

Los poderes de una biblioteca son fabulosos. La biblioteca me pone en las manos una copia de la Declaración de Independencia de mi pueblo del año 1776, y en un microsegundo me encuentro en esa magnífica época revolucionaria, compartiendo con George Washington, Thomas Jefferson, Thomas Paine y Benjamín Franklin y otros rebeldes todo el peligro y la emoción de haber comprometido la vida, la fortuna y el honor a la causa de la libertad y la independencia.

Me cae en las manos la obra máxima de Cervantes y en unos momentos estoy a caballo en La Mancha, al lado de ese gran caballero, en busca de la justicia, y de la bella Dulcinea, gozando de la filosofía de Sancho Panza.

Antes de ver a Tarzán en la pantalla, yo había vivido con él en la selva y compartido con él todas sus aventuras en el primer libro de Edgar Rice Burroughs. Ningún Tarzán del cine ha sido tan fuerte o glorioso como ese primer Tarzán que formé en la imaginación al leer "Tarzán el Hombre Mono" a solas en un rincón de la casa.

Y si quisieras saber algo del pueblo ruso, lee "La Guerra y la Paz", de Tolstoy. Sólo así comprenderás el fracaso del genio, Napoleón, en su invasión de esa tierra gigantesca, donde el invierno y el valor de los cosacos lo esperaban. Sólo así comprenderás la locura de Adolfo Hitler en su invasión de Rusia más de un siglo después de Napoleón. Obviamente, Hitler no había leído a Tolstoy.

Y si quieres saber algo acerca del alma del hombre, busca "Crimen y Castigo", de Dostoyevski, cuyas palabras te permiten penetrar hasta lo más profundo la conciencia de un hombre.

Y por medio de una biblioteca puedes subir hasta las alturas de la emoción con Gabriela Mistral, Walt Whitman, Rubén Darío — "Juventud, divino tesoro. . .".

De vez en cuando vivo una pesadilla. Me imagino que hemos vuelto a la época cuando tenían que encadenar los libros en las bibliotecas. No sé qué habría sido de mi vida sin los libros de las bibliotecas. Desde la edad de cinco años he tenido un carnet de alguna biblioteca, que me ha permitido llevar libros a casa. Nunca he encontrado un libro encadenado, a pesar de mi pesadilla.

Y nunca he encontrado un bibliotecario que no me ayudara.

En un mundo en que muchos pasan el tiempo evitando el trabajo y la responsabilidad, existen los bibliotecarios, los profesionales más dedicados del mundo. Pareciera que los bibliotecarios absorben del ambiente cultural en que laboran todo lo bueno y fino que contiene, para compartirlo con los patrocinadores de su biblioteca.

Los bibliotecarios y los profesores han tenido un papel importantísimo en mi vida. Por eso los he analizado, tratando de comprender su motivación, porque sé que no ganan grandes sueldos y que no reciben su merecido reconocimiento. He concluido que los bibliotecarios, como todos nosotros, buscan la inmortalidad.

El bibliotecario quiere ser un poco como Dios —con una vista panorámica del universo, desde el principio hasta la infinitad. Como nosotros, quiere participar en el pasado, hacer su papel en el presente y, más importante aún, proyectarse al futuro.

Soy del Estado de New México, en el Suroeste de los Estados Unidos. Un siglo antes de que los ingleses llegaran a Massachusetts, en la Costa Atlántica, los españoles encabezados por Juan de Oñate establecieron sus colonias en New Mexico.

Hoy, en una de las paredes de una casa en New Mexico se puede ver donde uno de los soldados en Oñate, hace 450 años, tomó la espada y raspó la piedra, dejando las palabras "Pasé por aquí".

El soldado no mencionó nada de Oñate o de la gloria de España del siglo dieciséis. Con su espada proclamaba que él mismo había pasado por esas tierras. Decía al futuro: Soy yo, y he vivido. Buscaba la inmortalidad.

Somos como ese soldado, y es por eso, tal vez, que tenemos hijos. Será por eso, tal vez, que hay profesores, y bibliotecarios.

En mi opinión, no hay mejor profesión para alcanzar la inmortalidad, o, por lo menos, la sensación de inmortalidad que la de bibliotecario.

Ustedes tienen a su alcance toda la historia del mundo, todo el patrimonio del hombre. Pueden andar por el pasado, investigar el presente y proyectarse hacia el futuro; gozar de todo el patrimonio del hombre, utilizando sus lectores como vehículo.

Por medio de esos lectores puedes conquistar el espacio y el tiempo.

Por medio de esos lectores puedes conquistar el espacio y el tiempo. Puedes explorar y participar en todo lo ocurrido en el pasado y el presente, por todo el universo.

Pero, ¿cómo alcanzar la inmortalidad?

La alcanzas por medio del cambio que efectúas en el espíritu de la persona que se acerca para pedir tu ayuda en la biblioteca. El bibliotecario no puede ayudar a una persona sin proyectar su propio espíritu hacia el futuro y la infinitud.

Su profesión es la de cambiar la vida de sus lectores, y esos cambios tendrán repercusiones hasta el fin del mundo. Y así alcanzas la inmortalidad.

Hoy, para estar en la onda, hay que hablar de computadoras, de electrónica, de satélites, de bancos de información, de toda la terminología de los últimos veinte años. Sin embargo, ninguna de estas maravillas de la ciencia puede recibir a un niño de cinco años, hablarle dulcemente, ayudarlo a encontrar un libro, enseñarle cómo hojear las páginas sin dañar el libro. y así poner la chispa que prende la llama de la curiosidad intelectual.

Sólo el bibliotecario puede tocar el espíritu de ese niño. Y al tocar su espíritu, el bibliotecario le ha dado la clave a la cultura del hombre y, en el proceso, se ha hecho inmortal.

Les felicito por su profesión. Y les doy las gracias por todo lo que esa profesión ha significado para mí.